
REVIEWS

Miltiades B. Hatzopoulos, *Ancient Macedonia*, Berlin–Boston, De Gruyter, 2020, 241 pp. [ISBN 9783110718645].

A sus 77 años Hatzopoulos está considerado con todo derecho como el gran experto en epigrafía del antiguo reino de Macedonia. Ese vasto conocimiento de las inscripciones le permite tener un lugar de honor entre los especialistas de nuestro campo. Sin embargo, a pesar de sus muchos trabajos no nos había ofrecido hasta la fecha una historia de Macedonia. Este libro llena ese vacío en la producción del autor y nos permite conocer una interpretación sobre los Argéadas y sus instituciones diferente a la que se puede encontrar en otros círculos académicos.

El volumen está estructurado en tres grandes ejes temáticos: la tierra, el pueblo y las grandes personalidades de Macedonia. No se trata por lo tanto de una historia tradicional de Macedonia que se desarrolla siguiendo un relato diacrónico (p. V), sino de una monografía que da relevancia a los principales temas y tópicos en los que ha destacado su autor a lo largo de su larga trayectoria profesional.

El primer capítulo “Introduction: Why does ancient Macedonia matter?” (p. 1-3) es el más corto, y es una exposición y justificación de la importancia del tema que nos ocupa. Un reino cuya originalidad consistió en una sabia combinación de “archaism and modernity” (p. 2). Sin embargo, siempre existió cierta cohesión gracias al ejército, institución que se encargó de aglutinar lo viejo y nuevo en Macedonia.

El segundo, “The Land: Where was Macedonia? “Macedonia” (p. 4-48) es un estudio del área geográfica que abarcó el antiguo reino. Hatzopoulos niega, tajantemente, que la actual República de Macedonia tenga alguna relación con los antiguos macedonios. Después de delimitar el espacio, se analizan las principales fuentes durante el período arcaico: Heródoto y Tucídides. Posteriormente se pasa revista a algunas de las necrópolis más importantes excavadas en los últimos años: Sindos, Hagia Paraskevi, Vergina, Archontikon, Thermi, Nea Philadelphia y Aiane. El autor rechaza las interpretaciones de Saripanidi sobre estas necrópolis. Posteriormente se estudian con brevedad los reinados de los primeros Argéadas en el período clásico: Alejandro I, Pérdicas II, Arquelao, Amintas III, Alejandro II, Pérdicas III y Filippo II. La cuestión de la tenencia de la tierra por parte de los reyes y el status de los territorios recién conquistados también se aborda en el capítulo. Especialmente los casos de Paionia, Pythion, Doliche, Azoros, Magnesia, Tymphaia, Parauaia, Atintania y Derriopos.

El tercer capítulo se centra en la cuestión de la etnicidad de los macedonios, “Who were the Macedonians?” (p. 49-124). Hatzopoulos niega que fuese un requisito, como en Atenas, que ambos padres compartiesen el mismo origen para que el niño fuese

considerado macedonio de pleno derecho. Algo que no se tenía en cuenta tampoco en la casa real. Se discute si el término *makedones* tuvo un significado étnico o estuvo destinado sólo a una élite. En opinión del autor “it seems that the question of civic rights had less to do with ethnic origin or with military service and more with social stratification” (p. 53). Se niega rotundamente la existencia de una clase social semejante a los hilotas en suelo macedonio: “there is nothing that can substantiate a theory of Macedonian helots” (p. 57). La mayor parte del capítulo se centra en la lengua y en las teorías de Müller, Kretschmer y Kalléris sobre la naturaleza de la lengua macedonia. Las emociones se disparan cuando llega el momento de hablar de los trabajos de Badian y Borza, tal y como lo reflejan las palabras que Hatzopoulos usa contra ellos: *Sophistry* (p. 69), *odium historicum* (p. 70), o “a strong bias” (p. 72). El debate deja de ser académico y se convierte en algo personal, y eso perjudica al libro y a los propios estudios macedonios en sí mismos. Hatzopoulos mantiene la misma opinión que ha tenido a lo largo de su dilatada trayectoria: el macedonio fue un dialecto griego. La religión es vista desde la misma perspectiva. Deidades que se consideraban tradicionalmente como características de los macedonios, como Totoes, son consideradas como extranjeras, siendo el panteón macedonio conformado realmente por Zeus, Heracles y Dioniso (p. 81). Respecto a las instituciones se defiende que la epigrafía es la única fuente válida para su estudio. La monarquía macedonia es definida como “neither autocratic nor absolute, for the king was expected to conform to certain unwritten rules” (p. 94). Hatzopoulos analiza las teorías de Granier, Hampl, De Francisci, Aymard, Bikerman, Briant, Errington, Lock, Goukowsky, Lévy, Hammond, Mooren, Anson, Borza, Carol King y Buraselis sobre la naturaleza de la monarquía macedonia. La cuestión central que han discutido todos estos autores en las últimas décadas es si la asamblea de los macedonios era capaz de limitar la autoridad y el poder del rey. Se trata de una cuestión que no se ha cerrado, pero Hatzopoulos considera que la monarquía macedonia “resembled rather Aristotle’s kingship of the heroic age” (p. 116). La tercera parte se cierra con un breve apartado llamado “Perception of self and the other” (p. 121-124) en la que el autor concluye: “None of the examined ‘cultural markers’, i.e. ‘objective criteria’, would exclude the Macedonians from the Greek cultural community” (p. 123).

La cuarta parte del libro es “Personalities” (p. 125-169) en la que se estudian los principales gobernantes de la historia de Macedonia. Sin embargo, no debemos dejarnos engañar por el título, casi todo el capítulo está dedicado a la figura de Filipo II (p. 127-p. 161). Hatzopoulos defiende que el macedonio fue regente de su sobrino antes de ser proclamado rey. También exculpa a Alejandro de cualquier responsabilidad en la muerte de su padre: “Alexander’s reaction to his father’s death constitutes the most telling piece of evidence in favour of his innocence” (p. 147). A continuación, encontramos un debate sobre a quién pertenecen los restos de la tumba II de Vergina. Hatzopoulos defiende la tesis de Andronikos y sostiene que los restos encontrados son los de Filipo II. El capítulo concluye con un análisis de la influencia de Filipo sobre Alejandro. El autor se muestra muy lúcido al señalar que “Alexander’s aims, on the other hand, have been irretrievably obfuscated by layers of mythical accretions blurring the contours of his real personality. There are roughly two schools on this question: that of the ‘irrational’ and that of the ‘rational’ Alexander” (p. 167).

La quinta parte del libro tiene el curioso título de “Were the Macedonians visited by heaven-sent madness?” (p. 170-176) que hace referencia a un pasaje de Polibio sobre la derrota final de los macedonios a manos de los romanos. Las consecuencias para Macedonia de la conquista romana fueron desastrosas: “Macedonia was systematically bled of its accumulated wealth... In fact the erstwhile proud kingdom was reduced to a

“crippled, impoverished and dismembered” (p. 171-172). Sin embargo, el dominio romano no significó que los macedonios olvidasen de inmediato su antiguo reino. Así lo demuestran la gran cantidad de rebeliones que hubo contra Roma. De hecho, incluso cuando fueron considerados ciudadanos romanos (212 d.C) “they continued to define themselves as “Macedonians” until the beginning of the fourth century A.D” (p. 175).

La sexta y última parte es una conclusión (p. 177-178) en la que el autor hace un breve resumen del libro.

Una extensa bibliografía cierra una obra en la que tenemos la suerte de leer a una de las máximas autoridades de nuestra materia, con rigor académico, pero también con una gran pasión. Una pasión que nos recuerda a un fragmento de *Sto perigiali to kryfo* del tristemente desaparecido Theodorakis: “τι πόθους και τί πάθος”.

A. I. MOLINA MARÍN
Karanos Editorial Board
miprofeignacio@gmail.com
